ı29532127

29

212

Núm. 10.



EL CASAMIENTO ENTRE DOS DAMAS.

ROMANCE, EN QUE SE REFIEREN LOS SUCESOS DE una Señora natural de la Ciudad de Viena, corte del Imperio, y la varia fortuna que tuvo, habiéndose salido de su patria en busca de un amante suyo.

PRIMERA PARTE.

J. HAZAÑ

En la Corte mas suprema,
en el mas luciente Alcazar,
que guarnece el claro Febo
con sus tareas diarias;
En esta hermosa Palestra,
que hace flores sus campañas,
formando cuadros amenos
con diversidad de plantas,
conjunto de varias flores,
que hacen tegidas guirnaldas:
En este esférico asiento,
en este non-plus, ó mapa
está la Ciudad de Viena,
Capital, y Real Plaza,
donde el gran Emperador,
columna de la Fé santa,
tiene su solio, y asiento
por voluntad soberana.
En la mencionada corte,
de sangre calificada,
nació una hermosa doncella,
en donde la mano sacra
se esmeró en dar perfecciones
desde el cabello á la planta:
pues parecia á la vista,
mas divina, que no humana.
Fuese este hechizo criando
con política enseñanza,
con muchas habilidades
de letras, y lenguas varias;
la Arismética aprendió,
y la Gramática sabia;
por las dichas facultades
en la Corte campeaba:
era el iman del amor,
la emulacion de las Damas:
diez y ocho años tenia,
edad florida y gallarda,

cuando de muchos Adonis
se veia idolatrada:
como otra Venus que fue
de luceros coronada,
constante se defendía,
hasta que llegó la aljaba
de Cupido, y le tiró
una flecha con tal maña,
que hiriéndole el corazon,
fue Mariposa abrasada
del garvo, y la gentileza,
y disposicion gallarda
de un pretendiente amoroso;
mas como el amor la manda
la modestia en lás bellezas,
modestamente dió traza,
que las materias de amor
fomentan ocultas causas.
Fue avisado de un billete,
que antes que rompiese el Alba
los crepúsculos del dia,
advirtiese que le aguarda
en el jardin, porque quiere
decirle ciertas palabras.
Recibido por el dicho
el contenido, se arma
cual Capitan Belisario,
cual Gerineldo en la gala.
Llegó la precisa hora,
y à la diligencia marcha:
airada le fue su estrella;
le sucedió la desgracia,
de que encontrase una Ronda,
y pidiéndole las armas,
la respuesta que les dió
fue el echar mano à la espada;
y Pompeyo en el valor,
Hercules en las hazañas,
à dos les quitó las vidas;
y con grande vigilancia
se retira cuidadoso,
haciéndole à todos cara.

Doña Gertrudis que ve,
que su amante se tardaba,
se hacia varios juicios;
y con diligencias arduas,
determinó de saber
su Amante donde paraba;
y pasando mucho tiempo,
y ya de paciencia falta,
determinó de salirse
(¿quién vido tal arrogancia?)
para buscar à su amante
por las tierras mas estrañas;
de un escritorio sacó
cierta cantidad de plata;
y tomando de su hermano
el Manteo y la Sotana,
de la Ciudad se salió
por la obscuridad guardada;
anduvo diversas tierras,
hasta que la estrella avara
de su rigoroso astro,
le concedió que parara
el curso de sus trabajos.
Hizo en la Grecia morada;
y en habito de estudiante,
à las puertas se llegaba
del palacio donde habita
el dueño de la comarca:
à cuyo impensado tiempo
cierto page paseaba
en palacio, y le pregunta,
¿qué se le ofrece, ó qué manda?
Gertrudis le respondió,
que conveniencia buscaba
para el Arte de la Pluma:
le mandó que se aguardara:
parte dió el Page à su amo,
que era de la Real Casa
el Secretario mayor;
y por no hacer dilatada
la históría, digo, quedó
Don Carlos en dicha casa;

que conmutando su nombre,
por tal Carlos se nombraba.
Tenia el Príncipe invicto
una hija que era Palas,
por la hermosura y donayre
en su corte celebrada,
prima de la tal Señora
donde Carlos habitaba:
y viendo como se porta
en lo que su amo manda,
que era experto en todos modos,
le regalaron dos galas;
iba Carlos, page ya,
acompañando á su ama
en todas cuantas visitas
van, y vienen á la casa.
Cayó la Princesa enferma,
fue su prima á visitarla,
Carlos en su compañía:
no refiero las estrañas
cortesias competentes,
que hizo Carlos á las Damas;
hechas distintas preguntas,
¿qué achaques son los que agravan
y molestan su salud?
Aqui la Princesa habla:
Es tristeza la que tengo
aunque ignorada es la causa,
yo padezco, y no se qué
remedio aplique á mis ansias:
Prima, dame tú el remedio,
aqui la señora habla:
Siendo gusto de tu Alteza,
el que mi page aqui haga
algunas habilidades.
Carlos; mira que te manda
mi prima, de que la alegres:
obedezco, que se traigan
instrumentos aparentes.
Trageron Guitarra, y Harpa,
donde Carlos se portó
de manera, que la Infanta,
si enferma se considera,
mas enferma ya se halla
de ver el arte, donayre,
el brio, el garvo, la gala,
y grandes habilidades
que á Carlos acompañaban.
Tocó el relox á las ocho,
se retiran á su casa,
quedó la Infanta doliente,
herida ya toda el alma.
Viendo el padre que su hija
se miraba tan postrada,
mandó como poderoso,
el que una junta se haga
de Médicos, para que
el mas sabio adivinara,
la enfermedad por oculta.
Hacen diligencias varias;
mas como era de amor,
no conjeturaron nada.
En estos grandes enigmas
dieron forma, dieron traza,
por acuerdo de un anciano,
el que una lista se haga
de los criados que sirven,
y que cada dia vayan
por su turno cada uno,
á presentarle á su ama
un ramo de hermosas flores,
por ver si alguno le agrada,
y que á este tiempo su Padre
á la vista de su amada
hija asista, sin que ella
nunca alcanzase á ver nada,
y de aquel que recibiese
las flores de buena gana,
es el sugeto que quiere.
Y dicha astucia formada,
empezaron á venir
los criados de la casa,
no admitiendo de ninguno,
si antes los despreciaba.

Finalizada la lista,
no quedando ya en la casa
criado alguno, determinan
el que pase la palabra
á casa del Secretario,
y que lo mismo se haga.
Obedecieron propicios,
hasta que á Don Cárlos mandan
adornarse muy gallardo
desde el cabello, á la planta.
Entró á ver á la Princesa,
hizo las acostumbradas
cortesias, y llegó
al pie de la misma cama.
Presentóle en mano propia
una compuesta guirnalda
de suavísimas flores,
se mostró muy alentada,
la Dama, y mirando á Cárlos.
de aquesta suerte le habla,
tú eres, Carlos, el iman
que me tiene presa el alma,
por tí padezco, Señor,
el rigor de tantas ansias,
yo me muero, y á si ya,
como Juez de aquesta causa,
procura darme la vida,
doliéndote de esta esclava:
Le echó los brazos al cuello,
y tiernamente le abraza.
Cárlos, tímido responde:
Señora advierte, y repara,
el que yo soy hombre humilde;
no determines osada,
sosiega de esa pasion
el mirarte malograda.
Vasallos tiene tu padre,
que merezcan dicha tanta,
deja esa mala pasion:
mas ella determinada,
derramaba algunas perlas
por sus megillas de grana.
En fin, Cárlos se salió
de la vista de la dama,
la que quedó sumergida
en el mar de su desgracia.
El padre que todo mira,
y en que pendia la causa
de la salud de su hija,
mandó fuese egecutada
la boda con dicho page;
y asi claramente le habla:
Cárlos, ya que asi tu dicha
te ha remitido á mi casa
á cumplir la obligacion
de servir á mi hija amada,
y que he visto à un punto fijo,
que se mira enamorada,
de tus prendas, es preciso
las bodas sean celebradas,
te puedas llamar dichoso.
Repara, Lector, repara
cual quedaria Gertrudis
viéndose en confusion tanta,
si se descubre es perdida,
no obstante al Príncipe habla
con muy discretas razones;
pero no le sirven nada:
aseguraron à Carlos,
temeroso no se vaya.
Dejemos en este estado
la relacion en sumaria,
que en otra segunda parte
quedarà finalizada.

Con licencia: En Sevilla, por la Viuda de Vazquez y Compañía:
Año de 1816.



EL CASAMIENTO ENTRE DOS DAMAS.

ROMANCE, EN QUE SE FINALIZAN LOS SUCESOS de esta principal Señora, con el mas raro caso que han visto los nacidos, como lo verá el curioso en esta

SEGUNDA PARTE.

Hechas las célebres bodas
con el fingido Don Carlos,
aquella primera noche,
cumplidos los aparatos
que la funcion requeria,
fueron los dos desposados
con grandísimos placeres
retirados á su cuarto.
Entró el Aya de la Infanta,
que es quien la habia criado
por la muerte de su Madre,
á despojar á Don Carlos,
Muy propicia se llegó;
mas él la detuvo el paso,
diciendo: Señora mia,
el que os retireis encargo,
dejadnos solos, Señora.
Obedeció á su mandato,
y en una silla se sienta
amargamente llorando.
La Princesa, que aguardaba
gozar los tiernos alhagos,
y delicias del amor,
le dice: ¿A qué aguardas Carlos?
¿No te vienes á acostar?
¿Qué mal suceso has logrado
en ser mi querido esposo?
Si no merezco tus brazos,
la culpa no tengo yo
de eso, mi querido Carlos,
¿por qué te afliges, mi bien?
Le respondió suspirando:
Señora, advierte, y repara,
lo fúnebre de este caso.
Yo soy muger como veis,
que mi rigoroso astro

á este punto me ha traido.
Dejé mis padres amados,
por buscar un Caballero,
que es mi amante en sumo grado,
he andado diversas tierras:
he andado Reynos estraños
en hábito de estudiante,
y no habiéndole encontrado,
á buscar mi conveniencia
á este paraje he llegado
con el trage de varon,
hasta la fecha he pasado:
y pues su Alteza me estima,
hagase el mismo reparo;
que si me descubro, soy
perdida, y asi le encargo,
dé forma de que me ausente.
La princesa asi le ha hablado:
Pues mira querida mia,
lo que me has participado
será algun grande misterio,
y con sigilo, y recato
haremos vida gustosa,.
que es tanto lo que te amo
que teniéndote á mi vista,
no quiero mayor descanso.
Amaneció el dia alegre;
entró el Aya de contado,
y preguntó á su Señora,
como lo habia pasado
aquella noche de Novia,
En varias cosas hablaron,
aqui la hermosa Princesa
fue preciso el declararlo
todo este dicho misterió,
hízole preciso cargo,
que le guardase secreto,
y tuviese separados
espias por novedades,
que supiesen en Palacio.
Con el nombre de su esposo
hasta dos años pasaron;
y viendo todo el concurso,
y número de Vasallos
que pasado dicho tiempo
y no se ven coronados
con el sucesor que aguardan;
ni que tampoco á Don Cárlos
bozo, ni barba salia,
se hacian discursos varios.
Determinan muy gustosos
llevar al Príncipe Cárlos
á un Jardin á divertirse,
por ver si le agradan ramos
de flores, que es de mugeres
aplicarlas de contado
á los pechos, ó en el pelo
para dejar declarado
si era hembra, ó si es varon;
el Aya les ha contado
del enigma que procuran;
de proviso le avisaron
á Cárlos, y ella sagaz
ha propuesto á los Vasallos
dentro del mismo Jardin,
que no era esto de su agrado,
que su mayor diversion
era salir á los campos
á cazar con la escopeta,
mas confusos han quedado.
En fin, por no ser molesto,
otros dos años pasaron,
en los cuales determinan
hacer un convite vario
en el cual han de poner
asientos altos y bajos;
y que si bajo eligiese,
era muger, y mirando
el Aya lo que disponen,
de todo cuenta le ha dado.
Al Príncipe lo convidan,
él que ya iba avisado,
tendió la vista, y ha dicho:
aquestos asientos bajos,

no viniendo aqui Madamas,
creo que son escusados,
tomando el mas superior,
con que admirados quedaron.
Finalizado el convite,
de todos acompañado,
vino á ver su amada prenda,
y el suceso le ha contado.
Sabremos Lector, sabremos,
en su pecho colocado
trae la hermosa Gertrudis
un hermoso Relicario;
cuya estampa manifiesta
ser el Divino Retrato
de la Reina de los Cielos
de pincel muy soberano,
Vírgen de la Soledad,
para su norte y amparo.
En fin, ya para saber
y determinar el caso
de lo que habian propuesto,
determinaron que á un baño
fuesen, que será preciso
el que quede declarado
el dificultoso enigma.
Aqui fueron los quebrantos,
y las duplicadas penas,
como los copiosos llantos,
que hacen los dos amantes,
en ver que será llegado
el plazo de sus desdichas,
y la ausencia de su Cárlos.
A la Sagrada María
le ofrecen un Novenario,
le hacen grandes promesas.
Llegó el dia señalado,
en que se ha de egecutar
la funcion de dicho baño.
¡O qué dolor causaria!
¡qué penas y qué quebrantos!
¡qué lágrimas tan copiosas
y qué tan tiernos alhagos!
¡qué suspiros! ¡qué sollozos!
y ¡qué tan dulces abrazos!
¡qué cariñosas palabras
entre las dos han pasado!
La princesa dió á su amante
en una bolsa encerrados
diamantes de gran valor,
para vivir con descanso
lo que le quede de vida,
y jamas se hallase escaso.
En fin, se llegó la hora
en que lo lleven al baño:
la Princesa á su Oratorio
se retiró con cuidado
á suplicarle á la Vírgen
librase de riesgo tanto
aquella pobre infeliz.
Se llegan á él los criados
á quererlo desnudar,
pero él, mostrándose airado,
ha jurado por su vida,
que aquel que le fuese osado
á tocar á su ropage,
qué será muy castigado:
y ninguno le acompañe,
que será muy breve el plazo
en que él al baño volviese.
Se salió determinado,
aquel fingido varon
por el monte atravesando,
temeroso de la muerte,
á la Vírgen implorando.
Los Vasallos, viendo qué
Don Cárlos se habia ausentado,
dieron crédito, que era
lo que de él habian juzgado;
pero Dios, compadecido
de su riesgo y su quebranto,
quiso remediar su pena
con un portento muy raro.
Fue el caso, que andando el monte,
á distancia de cien pasos

ha divisado Gertrudis
un Unicornio, que osado
hacia donde está se viene;
y confusa en este caso,
sin saber buscar refugio,
se arrimó á un próximo arbol.
Llegó el feroz animal,
de un golpe le ha derribado:
cayó de espaldas Gertrudis,
y en su vientre le ha formado
una muy perfecta cruz,
y del monte se ha ausentado.
Vuelta en sí se levantó;
y admirada del fracaso,
se reparó, y vido que
en varon se ha transformado.
Fuera de sí de alegria,
con firme, y ligero paso,
pronta al baño se volvió,
donde le estan aguardando;
repitiendo en altas voces,
prosigamos en el baño;
y llegando se despoja,
quedando maravillados,
como libres de la duda,
que de él habian juzgado.
Pasadas hasta ocho horas,
se retiran á Palacio:
la Princesa, cuando vió
que tambien viene su Carlos,
hacia varias preguntas,
se hacia discursos varios
al mirar de que venia
haciendo grandes alhagos.
No obstante la gran Princesa
quiere salir de este encanto.
A Carlos aparte llama;
y contándole este encanto,
de el Unicornio, al Señor
rinden debidos aplausos,
dan debidas alabanzas,
en altas voces cantando
sus grandes misericordias,
y sus juicios tan altos.
Entraron con gran sigilo
los tres que saben el caso
en consulta, y dispusieron,
que se casara Don Carlós,
y la Princesa en secreto,
y asi lo han egecutado.
Pasados algunos meses
el Cielo los ha dotado
en darles un sucesor,
para su gusto y descanso.
Asi quedaron contentos,
y gustosos los Vasallos,
aseguradas sus dichas
para los futuros años.
Esto no es delirio, amigos,
segun lo atestigua el caso
de esta celebrada historia,
que en el libro intitulado:
Luchas de amor, y de ingenio,
alli está notificado.
Y Pedro Navarro ahora,
á todo el enamorado
le pide que le dé asenso
de lo que está mencionado.

Con licencia: En Sevilla, por la Viuda de Vazquez y Compañía.
Año de 1816.